



## Trump. El triunfo del showman

MANUEL ERICE

Con la colaboración de Muni Jensen.  
Prólogo de Javier Rupérez  
Editorial Encuentro, Madrid, 2017.  
242 páginas

### Escrutando a Trump sin caer en los tópicos

La figura de Donald Trump y su victoria en las presidenciales norteamericanas de noviembre del pasado año ha sido el acontecimiento mediático de 2016, cuyas repercusiones se proyectarán a medio y largo plazo. Manuel Erice tiene en cuenta este hecho de partida para ofrecernos una obra tan oportuna como necesaria cuya primera virtud radica en que no tiene como objetivo trasladar al lector una imagen peyorativa del protagonista, lo que no significa que empatice con él ni que lo presente como un dechado de virtudes.

Por el contrario, la desaprobación de su comportamiento y formas de conducta no supone obstáculo para explicar con rigor las razones de su éxito. Algunas de ellas las anticipa Javier Rupérez en el prólogo, cuando expone que Trump es el nuevo Presidente de Estados Unidos en contra de los deseos de las clases dirigentes políticas y económicas, de las élites culturales y de la opinión pública internacional, porque “una significativa porción del electorado estadounidense, que incluye principalmente a los blancos desheredados por la crisis del centro y medio oeste del país, le ha otorgado mayoritariamente su preferencia, pero también porque cuenta con más votos femeninos, hispanos y negros de los que los sociólogos predecían” (p. 13).

Erice explota positivamente dos hechos íntimamente relacionados. Por un lado, su trayectoria periodística que le llevó a ser corresponsal de ABC en Estados Unidos y a presenciar en directo la efervescencia de Trump desde las primarias del Partido Republicano. Por otro lado, una capacidad de análisis, producto de abundantes lecturas y entrevistas con relevantes personajes como Carlos Gutiérrez y Madeleine Albright. Lo cual plasma en una perfecta radiografía de la

sociedad americana actual, sobre la que emite un juicio políticamente incorrecto: tras los ocho años de Obama, la división se acentuó, consecuencia de la prioridad que dio el presidente demócrata a las políticas de identidad de clase frente a las nacionales: “el obamismo (...) había establecido un discurso imperante con el que no todos se identificaban. Lo que el profesor de Columbia Marc Lilla llama ‘liberalismo de la identidad’, que aupó los últimos años a las minorías afroamericanas e hispana, que atendió los derechos de otros grupos marginados como los LGBT, que generó una fuerte identificación entre los jóvenes, se había olvidado del grupo esencial en Estados Unidos: los blancos, claramente mayoritarios en el país” (p. 174).

La metodología narrativa empleada facilita la lectura de la obra. Erice parte del hecho consumado de la victoria del empresario neoyorquino y desde ahí relaciona el pasado inmediato (los gobiernos de Obama, particularmente) con el enigmático futuro (relaciones de Estados Unidos con sus socios de la Unión Europea o con Rusia, por ejemplo). Como nexo entre ambos planos, la figura de Trump, sus excentricidades, sus exabruptos proyectados mediante el manejo de Twitter, sus virajes ideológicos (en

temas tan sensibles para la opinión pública norteamericana como el aborto), su capacidad para tejer alianzas (algunas de ellas ciertamente contra natura) y su sagacidad para revertir en su provecho situaciones en principio problemáticas (su visión de Vladimir Putin) permean por todo el libro.

### El sistema como enemigo

Erice quiere mostrar desde la primera página la peculiaridad de su objeto de estudio, es decir, el personaje Donald Trump, atribuyéndole el adjetivo de “outsider”, como sinónimo de otro que emplea en reiteradas ocasiones, el de “anti-establishment”, epítetos con los que también describe a un personaje teóricamente antagónico como Bernie Sanders (p. 172). Así, se sumerge en la historia reciente del Partido Republicano, en particular en el largo periodo de elecciones primarias, al término de las cuales Trump derrotó a candidatos supuestamente mejor preparados como Marco Rubio, Jeb Bush o Ted Cruz, cuyas debilidades (en particular su vinculación con “el sistema”) supo explotar en su favor. Estrategia que continuó posteriormente en el enfrentamiento con Hillary Clinton, acreditada representante de “Washington”.

Sin embargo, sus reiteradas burlas y menosprecios hacia sus rivales y compañeros en el Partido Republicano provocaron la ausencia de un debate ideológico de calado entre las distintas familias que coexisten, a veces en precario equilibrio, en su seno. De hecho, las mismas convicciones ideológicas de Trump las cuestiona Manuel Erice, hablando de “Trumpismo o promiscuidad ideológica”. Como consecuencia de este proceder, en el que los escrúpulos no ocuparon espacio, Condolezza Rice, Mitt Romney o Henry Poulson apoyaron a Clinton.

Esta crítica directa de Trump a todo lo que implicara formar parte del ambiguo concepto de “sistema” le procuró frutos en el corto plazo. Pero seguramente, a partir de su toma de posesión, cuestiones como calificar al tándem Obama/Clinton de creadores del Estado Islámico o afirmar que Bush fue el culpable del 11-S no le bastarán para afrontar un fenómeno de enorme complejidad como es el terrorismo yihadista, cuya derrota implica recurrir a una estrategia alejada del binomio retórica-demagogia. Y algo similar puede decirse de su velada defensa del proteccionismo económico: rechazar los grandes acuerdos comerciales con Europa o Asia, por considerarlos responsables del paro en Estados Unidos, no mejorará la

suerte del trabajador de clase media que en noviembre le votó en masa. En consecuencia, “volver a hacer América grande” supone algo más que el uso compulsivo de los 140 caracteres.

## Obama, Hillary y el despotismo ilustrado de la prensa

Si bien no es el objeto de estudio principal, el autor disecciona las claves de los dos gobiernos de Barack Obama (2008-2012 y 2012-2016), sin los cuales no podría entenderse la emergencia y consolidación del “fenómeno Trump”. En dicho análisis, el expresidente no sale bien parado, enumerando Erice las abundantes contradicciones en que incurrió, en especial en política exterior. A modo de ejemplo, trató de rentabilizar la operación para matar a Bin Laden, lo que chocaba frontalmente con el pacifismo con el que había inundado mentes y corazones de América y Europa. Además, durante sus dos mandatos optó por políticas antiterroristas de perfil bajo, que exoneraron a Estados Unidos de pesadas cargas económicas pero influyeron significativamente en la aparición del Estado Islámico en Siria e Irak.

Desde el punto de vista doméstico, Estados Unidos es un país fracturado, si bien tal brecha,

subraya Erice, no debe atribuirse en exclusiva a la victoria de Trump sino que hunde sus raíces en los aludidos gobiernos de Barack Obama, cuyo legado aspiraba a administrar Hillary Clinton. Esta cometió numerosos errores tanto en la contienda cainita contra Sanders como en la librada más tarde con el candidato republicano, achacables a un exceso de soberbia y arrogancia así como a un notable déficit de conocimiento de la América real, por ejemplo, del electorado femenino (p. 151).

El apoyo que Clinton recibió por parte del aparato de su partido y de la prensa, transformado en favoritismo indiscutible, se debió a que era concebida como una suerte de “mal menor”, unas credenciales muy pobres que la candidata no se molestó en revertir. Por el contrario, acentuó el guion que de ella se venía escribiendo desde años atrás: una persona opaca (por ejemplo, en lo relativo a su salud), con abundantes intereses personales a los cuales parecía subordinar los de la nación, como refleja el hecho de que durante sus años como Secretaria de Estado “más de la mitad de sus reuniones privadas se habían llevado a cabo con donantes de la Fundación (de su marido). Por si fuera poco, se desvelaba que su marido (...) había acumulado por dar conferencias 153 millones de

dólares en el periodo entre 2001 y 2015. En muchos casos, por gestiones vinculadas al Departamento de Estado” (p. 108). Ese oscurantismo hizo su aparición en repetidas ocasiones bajo el apadrinamiento de Obama, fenómeno que Trump rentabilizó al máximo.

A partir de la figura de Hillary Clinton, el autor lleva a cabo una crítica contundente del rol jugado por la prensa en las elecciones, sobre todo la de la Costa Este. Erice renuncia a cualquier corporativismo y condena sin tapujos que los medios de comunicación se alinearan con la ex primera dama. Como consecuencia de este proceder, publicaron informaciones tan sensacionalistas como alejadas de la realidad que, en su deseo de desacreditar a Trump (comparándolo con Hitler o sosteniendo que se convertiría en un ítere de Putin), acabaron por engrandecer su figura.

Al respecto sobresale la visión de Bill Kristol (director de la revista *The Weekly Standard*) que Erice suscribe: “los periodistas y reporteros no importan tanto como ellos creen. (Trump) fue muy bueno manejando a los medios, concedió muchas entrevistas, incluso a los críticos, y supo hablarle a la gente directamente por Twitter y redes sociales. En este mundo, si uno es

una celebridad y tiene posiciones populares en muchos temas, puede saltarse a los medios” (p. 92).

**ALFREDO CRESPO ALCÁZAR**